

CAPITULO II

El Ciclo Vital

UNA ADOLESCENCIA CASI IMPERCEPTIBLE

“Cuando éramos niños
los viejos eran la gente de veinte años,
un charco era un océano
y la muerte sencilla y llanamente no existía
Luego cuando muchachos
los viejos andaban por los treinta
un estanque era océano
y la muerte simplemente era una palabra
Ya cuando nos casamos
los viejos eran la gente de cuarenta
un lago era un océano
y la muerte era la muerte de los otros
Ahora que estamos viejos
ya le dimos alcance a la verdad
el océano es por fin el océano
pero la muerte empieza a ser la muerte de nosotros”

Mario Benedetti

El ciclo vital comprende el tiempo transcurrido desde el momento en que un nuevo ser se desprende del vientre materno para asumir por sí mismo sus funciones respiratorias y ascender en el camino de construcción del pensamiento, hasta el momento en que cesan las posibilidades de actuar, pensar y sentir. En los cambios del ciclo vital se manifiestan las diversas relaciones de mujeres y hombres con el tiempo y el espacio; cada ser reconoce la finitud del tiempo, en cuanto se confronta con la realidad evidente de la muerte; la relatividad del espacio, en cuanto en el curso de las etapas de su vida adquiere distintas significaciones y dimensiones. Si bien la evolución de una fase a otra de la vida corresponde a hechos biológicos, tales como el crecimiento de la corporalidad, la capacidad de la especie humana para reproducirse y el deterioro del organismo, estos eventos por sí mismos sólo adquieren significado como una interpretación simbólica y cultural. La menarquia y la menopausia, por ejemplo, pueden interpretarse como un cambio positivo o como una tragedia, de acuerdo a los valores culturales interpretativos de estos fenómenos y a la manera como la mujer vive su experiencia

“Las concepciones del ciclo vital humano representan intentos de ordenar y dar coherencia a las experiencias en que van desenvolviéndose los cambiantes deseos y realidades de la vida cotidiana” (GUILLIGAN:1985, 19)

La sociedad ha asignado roles, normas y comportamientos diferentes a las personas, de acuerdo con su devenir, llenando de contenidos valorativos la distinción entre las etapas de la vida humana, los cuales varían según el contexto cultural, social y económico donde se desenvuelven. Las sociedades agrícolas, por ejemplo, veneraban, respetaban y consultaban a los viejos porque eran los dueños de la experiencia y la sabiduría; en contraste, la sociedad occidental actual, confiere el máximo aprecio a la juventud, mientras proyecta en el desprecio a la vejez, el enorme temor a la muerte.

A finales del siglo XX, cuando se asciende en el camino de reconocer la diversidad de los seres humanos, se observa un énfasis en el estudio de las especificidades de las etapas del ciclo vital y en el reconocimiento de derechos particulares para cada una de ellas.

La determinación de las edades correspondientes a estas etapas es motivo de permanentes estudios y definiciones por parte de diversas áreas del saber; ejemplo de ello son las elaboraciones de la psicología sobre las características del ciclo vital y las polémicas que se suscitan en los diversos países acerca de la mayoría de edad y el momento más adecuado para la jubilación.

Si bien desde la Biología o desde la Psicología se han propuesto con alguna precisión modelos acerca de actitudes y prácticas de las personas según el grupo etéreo de referencia, cada etapa de la vida es asimilada y construida por cada ser de una manera diferente. Los momentos de la vida contienen características específicas para cada particular; cada subjetividad elabora una historia de vida, única, intransferible y sentida de una manera especial. No siempre los cambios del ciclo vital son aceptados como si fueran una inevitable fuerza del destino, un designio divino o una ley natural; en el curso de la vida es posible construir proyectos personales como consecuencia de la capacidad de optar. En la biografía de cada persona se presentan momentos de decisiones cruciales, de rompimientos premeditados que alteran la tendencia a repetir una cotidianidad mecánica e inmediata. En algunos casos estos eventos están acompañados de la creación de nuevos espacios sociales. Es posible, como lo plantea Agnes Heller, darle un “regimiento a la vida”, llenarla de nuevos ritmos y sentidos, apropiarse de su cotidianidad.

“El regimiento de la vida no significa la abolición de la jerarquía espontánea de la cotidianidad, sino que la muda copresencia de la particularidad y especificidad queda sustituida por la relación consciente del individuo con lo específico -que es al mismo tiempo un engagement moral de concepción del mundo y aspiración de autorrealización y autogoce de la personalidad- que ordena las varias y heterogéneas actividades de la vida.” (HELLER: 1972,68)

Las concepciones sobre el deber ser del ciclo vital son históricas, varían para ajustarse a nuevos cambios y realidades sociales. Ello explica las recientes elaboraciones sobre la infancia, la juventud o la vejez, en las cuales se reconstruye una *historia social* (ARIES:1986; MAUSE:1979; BEAUVOIR:1981, entre

otros). Es también reciente la preocupación por la formación de los agentes socializadores para procurar una capacitación adecuada a las necesidades de cada momento evolutivo, y el interés por orientar desde los juegos hasta las emociones cuando se cumple la función socializadora.¹

El ciclo vital de cada persona adquiere características especiales según sean las condiciones de vida derivadas de la pertenencia a una clase social, a un género o a una etnia. La niñez, la adolescencia o juventud que transcurren en medio de la pobreza o la riqueza son bien distintas porque sitúan a las personas en una relación específica con los bienes y servicios ofrecidos por la sociedad. Un efecto similar se produce en razón del género: ser hombre o ser mujer condiciona la existencia, la función social, las características de cada etapa vital, las decisiones más cruciales, la unión marital, el comportamiento productivo y reproductivo, en fin, las diferentes funciones y opciones presentes en el transcurso de la vida.

Las concepciones dominantes en la opinión pública, en el saber científico o en la legislación acerca del *deber ser* de la niñez, la juventud, la adultez, la vejez, son limitadas cuando se pretende comprender el ciclo vital de las mujeres de sectores populares.

El trabajo durante la infancia, una adolescencia casi imperceptible y una adultez prematura son las características del ciclo vital de este grupo de mujeres (ver gráfico). Si se compara con el de mujeres de clases sociales medias y altas para quienes la infancia se concentra en asistir a las instituciones educativas, jugar y realizar otras variadas actividades lúdicas fomentadas por los adultos, las etapas del desarrollo vital en los sectores populares se desenvuelven con mayor rapidez.

“Tradicionalmente, las mujeres de los sectores populares no conocen una etapa de la vida semejante a la adolescencia escolar. Para ellas la socialización familiar, el trabajo doméstico y/o productivo, la sumisión a la autoridad y muchas veces la violencia, da paso sin transición a una adultez definida por la maternidad y las obligaciones que de ella se derivan, dentro de una gama limitada de alternativas de vida... una vez iniciadas sexualmente y embarazadas, deben asumir la responsabilidad y carga generada por esta situación, cuenten o no con el apoyo del compañero.” (ARANGO: 1992, 267)

Al mismo tiempo, por pertenecer al género femenino y haber sido socializadas con valores sexistas, la función social predominante de este grupo de mujeres de sectores populares es realizar el oficio doméstico en la familia o en otros espacios laborales; la primera unión marital y la maternidad condicionan su existencia y las características de la adultez y la vejez.

¹ En una investigación acerca de la historia del juguete, se demuestra cómo en Alemania, por ejemplo, el proceso de socialización a través del juego data del siglo XVII (Elschenbroich 1979).

Gráfica No. 1
CICLO VITAL PROMEDIO DE UN GRUPO DE
MUJERES DE SECTORES POPULARES DE BOGOTÁ

AÑOS

36 o Más	
35	----- Se inician como Madres Comunitarias
34	
33	
32	
31	
30	
29	----- Experiencias de Participación Comunitaria
28	
27	
26	
25	----- Trabajos remunerados dependientes de la autorización de los maridos y de las necesidades de los hijos
24	
23	----- Separadas de la pareja
22	----- 4o. hijo(a) - iniciación de la planificación familiar
21	----- 3er. Hijo(a)
20	----- 2o. hijo (a)
19	----- Primer hijo
18	----- Primera unión marital
17	----- Primera unión conyugal (antes de los 18)
16	----- Primera relación coital
15	
14	----- Separación de la familia de origen antes de los 18 años
13	----- Se vinculan al servicio doméstico remunerado
12	
11	
10	----- Desertan de la Escuela Primaria
9	
8	
7	----- Inician escolaridad formal
6	
5	
4	----- Se inician en trabajos domésticos, pecuarios, agrícolas
3	
2	
1	
0	----- Nacimiento: 67% en el campo y 33% en la ciudad

PROMEDIOS NACIONALES DE FECUNDIDAD:
3.6% al nivel Nacional para mujeres sin educación formal

La mayor parte de las mujeres entrevistadas (67%), nacieron en el sector rural, son hijas de campesinos, algunos jornaleros o aparceros y otros propietarios de pequeñas explotaciones agrícolas. Las restantes (33%), oriundas de Bogotá, provienen de familias pobres, por lo general migrantes, residentes en barrios con precarios servicios públicos y cuyos miembros se ocupan en actividades informales. Desde antes de iniciar su etapa escolar, el trabajo doméstico en su propio hogar constituyó la actividad prioritaria de la niña; gran parte de su socialización se realizó a través de estos quehaceres complementados con otras labores generadoras de algún ingreso. En el rudo trabajo infantil fué adquiriendo su identidad de clase, porque desde muy niña la lucha por la supervivencia y una carga de responsabilidades familiares condicionaron su existencia; al mismo tiempo fué formando su identidad de género, incorporando roles estereotipados acerca de la feminidad, como si el desempeño de estas tareas le signara su existencia como mujer.

Pese a la precaria cobertura de la educación pública, el 80% de las mujeres ingresó a la escuela al cumplir los 7 años, pero factores tales como el trabajo, la pobreza y los traslados de la familia las obligaron a desertar antes de terminar la primaria. Desde ese momento ellas sienten una enorme nostalgia porque interpretan la salida del sistema educativo como uno de sus más agudos fracasos.

Los rasgos aquí descritos, sumados a una actitud de los padres favorable al trabajo asignando un cúmulo de responsabilidades a las hijas, generaron una infancia con muy pocos derechos y una adultez precoz. Las experiencias de infancia vividas por este grupo de mujeres no corresponden precisamente al modelo ideal concebido por la sociedad actual para la niñez:

“Se define la infancia como un período de aprendizaje y crecimiento, de adquisición de habilidades, en el cual se sientan las bases para el logro de la seguridad emocional”. (LIGHT:1991)

Los procesos de crianza descritos se distancian de las formulaciones presentes en la proclamación de los derechos universales del niño, su reconocimiento y legitimación política, y de los *Principios Constitucionales* consagrados en 1991:

“Son derechos fundamentales de los niños: La vida, la integridad física, la salud, y seguridad social, la alimentación equilibrada, su nombre y nacionalidad, tener una familia y no ser separados de ella, el cuidado y amor, la educación y la cultura, la recreación y la libre expresión de opinión...”
(CONSTITUCION POLITICA DE COLOMBIA:1991, Art. 44)

La infancia acelerada impidió el surgimiento de una adolescencia propiamente dicha. Mientras entre los estratos altos y medios la adolescencia es considerada como una etapa en la cual se continúa el proceso educativo y se abren espacios para expresar de diversas formas la rebeldía contra la dependencia familiar, en los estratos bajos, las familias demandan de las mujeres jóvenes continuar con los trabajos ya emprendidos en la infancia, tales como el cuidado de los hermanos, los abuelos o los enfermos, y al mismo tiempo ven en ellas la

posibilidad de obtener nuevos ingresos. Es frecuente por tanto que se genere una dependencia de la familia hacia sus hijas, porque éstas constituyen una ayuda fundamental para su supervivencia. La rebeldía no se explicita tal vez porque la sobrecarga de responsabilidades domésticas les enseña a subsistir en medio de la precariedad y estrechez, a asumir comportamientos y responsabilidades de adultas, acompañados de sentimientos y actitudes de inseguridad y temor en sus relaciones consigo mismas y con los demás.

Si bien la Psicología define la adolescencia como una etapa de intensos cambios anatómicos y psíquicos, de consolidación de la identidad sexual y social, de nuevas significaciones sobre el sentido del tiempo y del espacio, de reconocerse ante nuevas alternativas (MAIER, citando a ERICKSON:1976), en la realidad cotidiana de estas jóvenes la vida está centrada en el trabajo y en el servicio a los demás, y condicionada por actitudes familiares autoritarias, lo cual restringe sustancialmente la posibilidad de mirarse a sí mismas, de interrogarse sobre su ser y su rol, de construir sus propios proyectos vitales, independientes de los criterios familiares o de la relación amorosa con el hombre.

Las circunstancias aquí descritas de nuevo chocan con concepciones acerca de adolescencia/juventud propias de las disciplinas científicas o con los *principios* consagrados en la Constitución de 1991 en la cual se establece que:

“El adolescente tiene derecho a la protección y a la formación integral. El Estado y la Sociedad garantizan la participación activa de los jóvenes en los organismos públicos y privados que tengan a su cargo la protección, educación y progreso de la Juventud” (CONSTITUCION POLITICA DE COLOMBIA:1991, art. 45)

Es importante tener presente que una significativa proporción de este grupo de mujeres de sectores populares formó parte del amplio número de personas que migraron hacia Bogotá como consecuencia de la falta de oferta de trabajo remunerado en el sector rural, la desvalorización de su aporte en la actividad doméstica o agropecuaria, la subordinación, la falta de oportunidades de educación y de posibilidades de expansión y diversión (GARCIA CASTRO: 1976); sus historias de vida dan cuenta además que su decisión de migrar estuvo estrechamente relacionada con la búsqueda de alternativas de solución a intensos conflictos familiares y con la certeza del encuentro del hombre con quien podría formar un nuevo hogar.

La iniciación en las relaciones heterosexuales marcó de manera definitiva una nueva época de su ciclo vital. Por lo general, en un corto intervalo de tiempo se produjeron el primer coito, la primera unión marital y el primer embarazo, lo cual las llevó a incrementar sus responsabilidades. De atender el hogar paterno, pasó a atender una nueva familia constituida con la unión marital o con el nacimiento del hijo; de la crianza de los hermanos pasó a la de los hijos, todo ello acompañado de constante búsqueda de alternativas de subsistencia.

Si se compara con los promedios nacionales, el ciclo vital de este grupo de mujeres de sectores populares es más rápido: En efecto mientras éstas iniciaron la unión marital a los 17.8 años en promedio, el registrado en las encuestas nacionales de las mujeres entre 35 y 39 años, es de 19.7 (ENP:1991, 33).

“Con los avances de la Ciencia y Tecnología al alcance de un sector de la sociedad, la formación para la vida laboral se prolonga en el tiempo y llega a una edad promedio de 24 años por lo cual es fácil presumir que el estatus de adolescente se mantiene con prerrogativas según se trate de hombres o mujeres”
(ECHEVERRY:1989, 51)

Para el caso de las mujeres de sectores populares, la unión conyugal y la maternidad antes de los 18 años las sitúa de modo prematuro en plena adultez. Al introducirnos en el estudio de su vida adulta, resulta evidente que la maternidad consume gran parte de sus energías y de su productividad. Ninguna evitó la llegada del primer hijo, el intervalo intergenésico fue muy corto y la mayoría solo comenzó a planificar su familia después del tercero. En consecuencia el promedio de hijos por mujer es 3.6, más alto que el de las bogotanas de 1991 que fué 2.3 y similar a las mujeres sin educación del nivel nacional (ENP:1991 ob.cit). En este aspecto de nuevo se diferencian de manera sustancial de los grupos de mujeres de clases altas y medias, quienes con frecuencia anteponen la gestación del primer hijo al mejoramiento de su nivel educativo o a las alternativas laborales, con argumentos como la necesidad de realización personal y laboral (BERNAL: 1986).

Mientras sus hijos eran pequeños, el cónyuge, la maternidad y la crianza condicionaron sus proyectos vitales, en medio de todo tipo de restricciones económicas; las precarias condiciones del ingreso masculino o la falta de cumplimiento de su función de providente las obligaron a combinar el oficio doméstico con actividades generadoras de ingresos. Sus principales intereses han girado en torno al hogar; la consecución de vivienda se convirtió en su meta central y la participación comunitaria se ha derivado de la posibilidad de mejorar su vecindario o su habitación, de obtener servicios públicos o adecuadas condiciones para la crianza y educación de sus hijos e hijas.

Los conflictos en la relación de pareja han sido una constante; algunas (48%) mantienen la unión marital inicial; otras (52%) relataron separaciones recurrentes, de las cuales la mayoría vivía sin compañero en el momento de la entrevista, una de ellas volvió a construir una nueva relación y el 20% reinició la unión marital con el padre de sus hijos.

Este grupo de mujeres tenía en el momento de realizar la entrevista profunda una edad promedio de 39 años; la mayor parte de sus hijos estaba pasando por su adolescencia y, consecuente con el rápido transcurso de su ciclo vital, algunas de ellas eran ya jóvenes abuelas; una proporción significativa de sus hijas eran madres adolescentes, con lo cual se observa la tendencia a repetir la historia materna.

Acerca de la vejez de este grupo de mujeres de sectores populares, solo es posible hacer algunas consideraciones. Es probable un envejecimiento precoz, como consecuencia de las condiciones adversas de existencia que hacen su esperanza de vida más corta respecto al promedio nacional. Puede ser también que vivan sus últimos años con algunos hijos en quienes ponen y han puesto sus expectativas vitales.

Un repaso superficial de las diferentes etapas del ciclo vital llevaría a interpretar sus historias de vida como signadas por el destino que identifica el ser mujer con el matrimonio y la maternidad; parecería que la cotidianidad transcurre inalterable con el paso de los años, pero el análisis más profundo de los relatos demuestra la existencia de rupturas, cambios premeditados, tenacidad y resistencias ante las precarias condiciones de existencia y las persistentes formas de opresión.

Aunque las fases del ciclo vital se viven como procesos inevitables, soportando un fuerte autoritarismo masculino y el maltrato familiar justificado por el hecho de ser mujer, pobre y madre, poco a poco y de una manera particular, en cada historia de vida se aprecian pasos dirigidos a ganar autonomía, consecuencia de drásticas decisiones, resistencias y luchas contra los valores culturales dominantes. El enfrentamiento con los hermanos y padres maltratantes se manifiesta por ejemplo en la fuga del hogar y en la iniciación temprana de una relación de pareja. La búsqueda de independencia de su cónyuge se expresa en cambios de domicilio con los hijos, en esfuerzos incesantes para alimentarlos, en denuncias de las vejaciones ante las autoridades, en el trabajo fuera del hogar sin contar con el tradicional permiso del compañero, en la participación en eventos educativos y en la misma vida comunitaria. La necesidad de cambiar formas tradicionales de vida se manifiesta en la conciencia sobre la importancia del diálogo con los hijos, en la introducción de algunas prácticas redistributivas de los roles entre sus hijos e hijas, y en la formulación de interrogantes sobre las permanentes contradicciones entre sus deseos por cambiar sus estilos autoritarios y las tendencias inconscientes a mantenerlos y reproducirlos. Todas ellas son clara demostración de la construcción de formas cotidianas de resistencia y cambio.

La relación de este grupo de mujeres con el sexo masculino se desenvuelve en un movimiento constante entre unión y ruptura, amor y odio, idealización y desilusión, resistencias y negociaciones, subordinación y autonomía, que develan una lucha permanente ante las formas de opresión.

Cuando de manera retrospectiva observan su propio ciclo vital, señalan el matrimonio como el principal acontecimiento de sus vidas y, al mismo tiempo, como la decisión más significativa la separación de su cónyuge. Las expresiones utilizadas por las mujeres para referirse a estos eventos denotan sentimientos encontrados y prácticas de resistencia y cambio en la cotidianidad.

“...me arrepiento de querer como quiero y no ser correspondida... la primera decisión que tuve en mi vida fué separarme de mi esposo... me dijo que me fuera y con eso me hirió tanto, que yo siento que le abrió la jaula al pajarito y el pajarito está libre... mi principal logro fué exigirle a mi esposo que no nos maltratara más, decidir que me tratara como persona, tomar mis derechos sobre mí y sobre mi vida... me enamoré de la cara y no de los males.” (Extractos de los relatos de las mujeres entrevistadas).

Son pocas quienes afirman haber encontrado en su compañero virtudes como la solidaridad, el respeto a sus derechos y el cumplimiento del rol de providente; éstas continúan resaltando la relación amorosa como el logro más significativo de su vida.

“...yo he gozado después de que conocí a mi esposo, un hombre que valora a la mujer y no está de acuerdo con que estén aporreando a las mujeres; por eso al pié de él, no he sufrido nada...” (idem).

Al mismo tiempo, la maternidad y la educación de la progenie las llevó a definir nuevas metas y enfrentar algunos fracasos. De ello dan cuenta expresiones como:

“El día más feliz de mi vida fue cuando mi hija terminó el bachillerato y, al mismo tiempo, el momento más infeliz cuando se volvió drogadicta.” (idem.)

El rol de esposa tiende a sustituirse por el de madre y sus hijos se convierten en su principal fuente de satisfacción, motivo de orgullo y al mismo tiempo en la aspiración fundamental de su vida. Los logros y fracasos de los hijos se asumen como propios, indicativo de una vida en la cual sus proyecciones personales están mediadas por el servicio a los demás, en donde los demás son en primer término “los suyos”.

Por ser madres comunitarias, estas mujeres proyectan sobre un espacio social más amplio su función materna y sus roles domésticos; asumirse como tales ha tenido una significación positiva porque les ha permitido reconocerse a sí mismas, valorar su importancia y la de su quehacer cotidiano, ganar espacios de poder en la comunidad, abriéndoles posibilidades en lugares hasta el momento ajenos o desconocidos para ellas:

“El Hogar de Bienestar fué una decisión mía porque él no me dejaba trabajar y era la única manera de poderle ayudar” (idem)

El desempeño de este rol, a pesar de los ínfimos niveles de remuneración, ofrece la posibilidad de devengar algún ingreso, cuidar de su familia, tomar sus propias decisiones, compartir sus vivencias con otras mujeres, y sentirse parte de una realidad más amplia al trascender las fronteras del hogar, mediante el intercambio y las relaciones institucionales que esta función lleva consigo.

Al mirarse a sí mismas, señalan como su principal fracaso la escasa o nula educación formal que recibieron, porque asocian sus bajos niveles educativos con la ausencia de oportunidades para lograr mejores condiciones de vida. A la vez, quienes se reconocen todavía vitales consideran el capacitarse como una de sus principales aspiraciones, unidas a expectativas para mejorar su situación económica, su trabajo, su vivienda y su comunidad; para algunas, su futuro es el de sus hijos y su principal deseo es “que ellos estudien” y “que no les toque sufrir”. Solamente en un caso se asocia el futuro con el compañero, al anhelar intensamente que regrese al hogar; otra aspiración importante para algunas integrantes de este grupo de mujeres es la búsqueda de autonomía en la vida conyugal y el mejoramiento de sus ingresos.

En la fase actual de su ciclo vital continúa prevaleciendo una tendencia hacia el servicio a los otros; las aspiraciones de desarrollo personal se piensan como medios para abrir caminos y mejores oportunidades a su familia o a su comunidad.

Al reconstruir mediante el relato sus historias de vida, afloran sentimientos de dolor y de alegría, de tristeza y de satisfacción, de temor y de esperanza; han reconocido la crudeza de sus años de infancia y están asumiendo la fuerza de su vitalidad para enfrentar condiciones adversas.